

PACIFIC AFFAIRS

Vancouver

Vol. XXXV, no. 4, invierno 1962-63

CHONG-SIK LEE: *Japanese-Korean Relations in Perspective* (Perspectiva de las relaciones nipo-coreanas). Págs 315-327.

A despecho de las optimistas declaraciones de algunos observadores y del abierto estímulo de la administración Kennedy, la sexta sesión de las negociaciones nipo-coreanas, celebradas en 1962, fracasaron en su intento de alcanzar algún resultado tangible. Diez años de negociaciones no han logrado resolver los problemas existentes entre los dos países. Los puntos sujetos a discusión en las sesiones preliminares de octubre-noviembre de 1951 eran: el *status* legal de los coreanos en el Japón; la cuestión de la propiedad de los barcos japoneses que se hallaban en aguas coreanas al final de la guerra; las reclamaciones japonesas de compensación por las posesiones coreanas que eran de su propiedad; cuestiones pesqueras y relaciones diplomáticas. Desde entonces se han agregado nuevas cuestiones: la línea Rhee, la posesión de Dokto (o Takeshima), la reclamación coreana de compensación por las pérdidas sufridas durante los años de dirección nipona, la repatriación de los residentes coreanos en el Japón a Corea del Norte y la jurisdicción de la República de Corea. Desde el principio de las negociaciones en 1952, el Gobierno japonés pidió compensación por las propiedades privadas de sus nacionales de las cuales había dispuesto el Gobierno coreano. En 1957 el presidente Rhee anunció que el

Gobierno coreano reclamaba ocho mil millones por el oro y objetos artísticos incautados por los japoneses durante su ocupación de Corea, pago del trabajo forzado impuesto a los coreanos e inversiones de coreanos en el Japón. Aunque en los primeros años de negociaciones el Gobierno japonés se negó a discutir este punto, en 1961 se lograron algunos progresos. El Gobierno del general Park pidió ochocientos millones en 1961 y el Gobierno japonés ofreció cincuenta millones de dólares, así como otros doscientos o trescientos millones como ayuda al desarrollo económico coreano. Los coreanos insistían en que las relaciones diplomáticas debían acordarse antes de la discusión del desarrollo económico. Aunque existen grandes discrepancias existe una posibilidad de compromiso.

La línea Rhee, proclamada en enero de 1952, priva a muchos pescadores japoneses de su actividad y les causa considerables pérdidas económicas. Por ello, el Japón afirma que es una clara violación de las vigentes leyes internacionales sobre aguas territoriales y libertad en alta mar. El Gobierno coreano ha rehusado llevar este pleito ante el Tribunal Internacional de Justicia. La línea Rhee incluía la isla de Dokto, llamada Takeshima, por los japoneses, como posesión legal de Corea y el Japón rechazó tales afirmaciones aduciendo que la isla había sido incorporada a la prefectura nipona de Shimane en 1905, antes de la anexión de Corea en 1910. Actualmente está bajo control coreano y dicho Gobierno rehusa someter la controversia a un arbitraje.

El problema de la minoría coreana en el Japón ha sido dramatizado recientemente por la repatriación en masa a Corea del

Norte. De unos 600.00 coreanos instalados en el Japón, 76.000 escogieron Corea del Norte. Dado que la mayoría eran de origen surcoreano, la repatriación era, física y mentalmente, una emigración a un país extranjero. Esta repatriación ha sido el primer movimiento masivo de población desde un territorio no-comunista hacia otro comunista.

Para Corea es motivo de disgusto la discriminación que se practica contra los coreanos en el Japón, que no se hayan condenado las atrocidades cometidas por los colonialistas nipones en Corea y el temor de que Corea, si se normalizan las relaciones diplomáticas con el Japón, se vea sometida a una explotación económica por este país. No obstante, las nuevas generaciones que emergen a la vida política de Corea no son dogmáticamente hostiles al Japón. Por su proximidad geográfica y otros factores, Japón puede ofrecer muchos productos a Corea a un precio mucho menos que otros países. Pero la caída del Gobierno de Rhee ha traído a Corea un problema de inestabilidad política. El rápido cambio de situaciones en Corea ha tornado cautos a muchos dirigentes nipones respecto a un acuerdo final que puede no ser aceptado por un régimen sucesivo.

PERRY THORNTON, Thomas: *Foreign Relations of the Asian Communist Satellites* (Relaciones exteriores de los satélites comunistas asiáticos). Págs. 341-353.

Es obvio que las más importantes relaciones exteriores de las Repúblicas Populares de Mongolia, Vietnam y Corea son las que tienen lugar con sus aliados en el bloque comunista, especialmente con China y la Unión Soviética. Las misiones diplomáticas intercambiadas entre Ulan Bator, Hanoi y Pyongyang, de una parte, y Pekín y Moscú, de otra, no deriva su importancia tanto de su *status* diplomático como de su papel como líneas de comunicación entre los diversos partidos comunistas. De las tres, la República mongola es la más antigua y su factor dominante es su posición entre la U. R. S. S. y China. Su población de menos de un millón de almas y su pequeña potencialidad para

interpretar un papel en la escena internacional constituye una gran ventaja para Mongolia en obtener la aceptación internacional. Ha tenido pocas oportunidades de violar las normas internacionales y no ha entrado nunca en conflicto directo con el mundo libre. Sólo en los pasados quince años adquirió los atributos formales de soberanía incluyendo un Ministerio de Asuntos Exteriores, el reconocimiento de los Estados comunistas y varios neutralistas y su admisión como miembro de las Naciones Unidas. De todas formas la soberanía de Mongolia es menos real que la de Bulgaria, por ejemplo.

En la República Democrática de Vietnam, el Viet Minh consolidó su poder en 1954, siendo el más joven de los Estados comunistas. Adolece de varios problemas internos como consecuencia de la prolongada guerra civil, pero cuenta con la personalidad de Ho Chi Minh, que ha desempeñado un papel prominente en el bloque chino-soviético y que disfruta de considerable prestigio personal. Ha demostrado habilidad en sus maniobras entre la U. R. S. S. y la China comunista, evitando que su país se convierta en un mero apéndice de su vecino septentrional, y en la alta consideración que le demuestran dirigentes no comunistas como Nehru y Sukarno, que aparentemente aceptan su afirmación de que es un dirigente nacionalista asiático. El más espectacular esfuerzo de la República en la esfera internacional fué el periplo africano de su ministro de Asuntos Exteriores, Ung Van Jiem, en la primavera de 1961, mediante el cual obtuvo el reconocimiento y establecimiento de relaciones diplomáticas con varios países.

La República Democrática Popular de Corea debido a su agresión de 1950 contra Corea del Sur fué calificada de agresora por la O. N. U. Desde entonces la mayoría de las naciones del mundo otorgaron su apoyo positivo a la República de Corea y Corea del Norte se vió obligada a volverse completamente hacia los miembros del otro bloque para obtener apoyo en la esfera internacional. Sólo por la tendencia de algunos países africanos recientemente independizados de otorgar sus indiscriminados reconocimientos diplomáticos, Corea del Norte ha obtenido el de Estados no comunistas. Por ello Corea des-

pachó una misión «cultural» a visitar Guinea, Mali, Marruecos, Ghana y la R.A.U. durante el verano de 1961. Otras misiones visitaron otras partes del mundo. El papel más prominente desplegado por la República en asuntos semidiplomáticos ha sido su participación en las conversaciones de Panmunjon.

Mongolia tiene pleno reconocimiento diplomático de Guinea, Mali, Yugoslavia, India, Indonesia, Birmania, Camboya, Irak, Nepal, Pakistán, Ceilán, Afganistán y Gran Bretaña. Vietnam del Norte tiene pleno reconocimiento de Guinea, Mali y Yugoslavia, y un semireconocimiento (consulado general) de India, Indonesia, Birmania, Gran Bretaña, Francia y Yemen. Corea del Norte ha sido reconocida plenamente por Guinea, Mali y Yugoslavia, y tiene consulados generales de India, Indonesia y Birmania.—J. C. A.

WORLD AFFAIRS

Washington

Vol. CXXVI, no. 1, primavera 1963

KURUSH SHAHBAZ: *Iran's White Revolution* (La revolución blanca del Irán). Páginas 17-21.

Pocos casos registra la historia en los que un rey se haya puesto al frente de una revolución contra sus propios cortesanos, generales, aristócratas y dirigentes religiosos. Eso es lo que ha hecho su majestad imperial Mohammed Reza Pahlavi, rey de reyes del Irán. Los beneficiarios son, no el rey, que no alcanza con esto ganancia personal alguna, sino la mayoría de los 15 millones de campesinos pobres y hasta aquí sin tierra de ninguna clase de su propiedad.

No es fácil tener una idea de la magnitud de la reforma agraria en el Irán y de la resistencia de los hombres recalcitrantes. La primera distribución de tierras de la Corona se hizo en 1952, a lo que siguieron las propuestas de 1956 para

la distribución de tierras del dominio público, hasta culminar en 1960-62 en una serie de medidas para la liquidación de las grandes propiedades privadas, con la inversión radical del sistema de la propiedad de la tierra en la nación. No ha habido expropiación ni ha habido nadie que recibiese algo a cambio de nada. En realidad, al campesino del Irán se le ha preparado el camino para que pudiese comprar tierras que pasarían a ser de su propiedad.

Ya en 1949, el shah sostenía que no era un honor ser rey de un pueblo empobrecido y dijo que su meta era la restauración de la dignidad y una vida mejor para el pueblo del Irán. En su libro *Misión para mi país*, sostenía que el 50% por 100 de la tierra de cultivo del Irán era de la propiedad de unas 150 familias influyentes y que una docena aproximadamente de señores feudales eran propietarios de 30 o 40 aldeas cada uno. Un señor feudal hizo alarde de que sus propiedades llegaban a tanto como toda la superficie de Suiza.

Aun cuando la oposición al programa del rey era fuerte, eran fuertes también las fuerzas favorables al cambio. Así, y sin atender a los escépticos y a los profetas de una revolución sangrienta, el shah y su Gobierno, seguros de que su programa era fundamentalmente necesario, dieron comienzo a la gran tarea. En enero de 1963 se reunieron en Teherán más de 4.000 representantes de más de un centenar de cooperativas rurales. La primera reunión fué presidida por el propio rey y, por vez primera en la historia del Irán, a cada representante le fué permitido hablar en su propio dialecto local, en vez de hacerlo en el idioma oficial.

El programa real fué aprobado por una mayoría abrumadora, se modificó la ley electoral para evitar influencias y manejos y la mujer participó por vez primera en un referéndum, aun cuando sus 271.000 votos no fueron contados oficialmente. En adelante, la mujer tendrá derecho al voto, según proclamación del shah, con lo que la revolución blanca del Irán sigue adelante.—J. M.

FOREIGN AFFAIRS

Nueva York

Vol. XLI, no. 3, abril 1963

CHARLES M. HAAR: *Latin America's Troubled Cities* (Las enfermas ciudades de Hispanoamérica). Págs. 536-549.

De todos los programas de ayuda de los Estados Unidos, acaso el que mayor interés despierta por ahora es el de la Alianza para el Progreso, dedicado al desarrollo económico y social de la América hispana. Entre sus proyectos principales figuran la reforma agraria y el llevar alguna mejoría en las condiciones de vida rural. En los momentos en que se ha sometido a examen el programa de la Alianza para el Progreso deberían pensarse en si lo que se propone es lo más adecuado para realizar la empresa con éxito.

Ante todo, parece oportuno pensar en si es acertada la política que hace un mayor hincapié relativo en los problemas rurales que en los urbanos. Hasta ahora, se ha prestado especial atención a la reforma agraria y otras mejoras rurales. ¿Es acertada esta política?

En los años que precedieron a la Alianza para el Progreso, las naciones hispano-americanas no hicieron un intento en serio por resolver el gran problema del alojamiento adecuado de las gentes de las ciudades. Poco es, en relación con lo que se necesitaba, lo que se hizo en este sentido. En Bolivia, donde en la actualidad se calcula que hacen falta 100.000 viviendas, el organismo nacional creado para construir hogares para los trabajadores terminó sólo 1.000 viviendas entre 1956 y 1961. En Venezuela, con una falta de 250.000 viviendas en las ciudades, el Banco Obrero, establecido para construir viviendas de renta baja y moderada para las familias urbanas, construyó sólo 40.966 viviendas entre 1946 y 1960, y muchas de ellas han sido vendidas por el equivalente de más de 425.000 pesetas. En el Brasil se habla de la falta de dos a tres millones de viviendas; en la Argentina se necesitan actualmente, en las ciudades, medio millón de viviendas, y para 1970 se

calcula que harán falta un millón más; en Chile hacen falta 550.000 viviendas urbanas, y en Méjico, la falta de viviendas en las ciudades suben en 100.000 unidades al año.

Se atribuye a la teoría del desarrollo económico que prevalecía hasta hace poco el no haberse prestado la debida atención por Hispanoamérica a los problemas urbanos. Se hacía casi siempre un hincapié especial en el desarrollo industrial, los créditos y la técnica, con detrimento de la vivienda, la planificación municipal y otras facilidades. La planificación económica recibió un trato de favor frente a la planificación física, las investigaciones y los empréstitos internacionales se han dirigido principalmente hacia el desarrollo industrial.

Más recientemente, los economistas han empezado a sostener que el cambio económico no precede al cambio social; ambos han de tener un desarrollo paralelo y en el que uno y otro se presten apoyo mutuo. Este es el pensamiento que ha prevalecido en la planificación y administración de la Alianza para el Progreso, en el que las reformas sociales adquieren un rango de paridad con las reformas económicas y el progreso social está colocado al mismo nivel que el crecimiento industrial. Pero en el cambio pudiera producirse una nueva situación de desequilibrio, especialmente en vista de la mucha importancia que a menudo se presta a la reforma agraria y rural, por lo que la reforma urbana ha de esperar, forzosamente.

Quizá la causa fundamental radique en el concepto equivocado de que Hispanoamérica, como todas las regiones subdesarrolladas del mundo, es fundamentalmente una zona rural. Pero en comparación con Ghana, donde quizá sólo el 10 por 100 de la población es urbana, o con Ceilán, donde es de un 15,3 por 100, el aspecto de muchos de los países hispano-americanos más avanzados es francamente urbano. El 46 por 100 de la población hispanoamericana vive en ciudades. En la Argentina, el 67 por 100 de la población vive en ciudades, un porcentaje superior al de los Estados Unidos, de un 64 por 100. La situación es parecida en otros países: en Chile, más de los dos tercios de la población es urbana; en Venezuela,

más del 60 por 100; en Colombia, el 48 por 100, y en el Uruguay, aproximadamente el 40 por 100 de la población vive en Montevideo, la capital. El 45 por 100 de la población de Méjico es urbana y la capital, con 4.800.000 habitantes, es la segunda ciudad del hemisferio occidental.

ABRAM CHAYES: *Law and the Quarantine of Cuba* (La ley y la cuarentena de Cuba). Págs. 551-557.

Los proyectiles balísticos soviéticos en Cuba eran una amenaza para la seguridad de los Estados Unidos y por ello un peligro para la paz del mundo. La acción emprendida como consecuencia de esta amenaza llevaba parejos sus propios peligros. Pero el presidente Kennedy dijo el 22 de octubre que «el mayor peligro de todos sería el no hacer nada».

El curso iniciado aspiraba a conseguir la retirada de las armas ofensivas de Cuba. El éxito se ha debido, en primer lugar, a la capacidad de los Estados Unidos para imponer una cuarentena y a la movilización de los aliados y otros a través del mundo en su apoyo.

La confrontación no se produjo en una sala de justicia y en un mundo capaz de ser destruido por el hombre; la posición legal no era, evidentemente, el único ingrediente eficaz de la acción. Pero aun cuando el tener el derecho del lado norteamericano no hubiera bastado por sí solo, no por eso el verse asistido por el derecho dejaba de tener importancia. El juicio definitivo de la Historia dependerá de manera significativa de la realidad y coherencia de un caso de derecho en justificación de la actitud norteamericana.

El hecho bruto de la imposición de una cuarentena está en el recurso a la fuerza naval para entorpecer el tráfico marítimo en alta mar, aun cuando, es verdad, el transporte de armas ofensivas es algo distinto al comercio marítimo normal. Pero los Estados Unidos, como una gran potencia marítima, se habían opuesto sistemáticamente a toda interferencia con la libertad de los mares. La oposición a los

bloqueos, interferencias marítimas y actividades parecidas ha sido la política continuada y persistente de los Estados Unidos.

En el desarrollo del Derecho internacional se ha llegado a un punto culminante en el artículo 2 de la Carta de las Naciones Unidas, por la cual sus miembros se comprometen a «abstenerse en sus relaciones internacionales de la amenaza o uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de un Estado cualquiera, o de cualquier otra forma inconsistente con los propósitos de las Naciones Unidas».

Pero la obligación de la Carta no es absoluta y en el artículo 51 se afirma que nada en esta Carta puede afectar o mermar «el derecho inherente de la defensa propia, individual o colectiva».

Evidentemente, las Naciones Unidas pueden sancionar el recurso a la fuerza para hacer frente a una amenaza a la paz, como se hizo en Corea o en el Congo. La acción de la cuarentena pertenece a otra categoría, sin embargo: la acción adoptada por organizaciones regionales para la conservación de la paz.

Esta acción de la cuarentena contra Cuba ha sido autorizada por el Tratado de Río de Janeiro de 1947, que forma la estructura legal del sistema interamericano. Y en definitiva, el Consejo de Seguridad, al que se hizo intervenir en la cuestión, no desaprobó una intervención regional en el caso de Cuba y los proyectiles balísticos soviéticos, lo que implica una autorización en consonancia con el artículo 53 de la Carta, que prohíbe el recurso a una acción decisiva del Consejo de Seguridad.

Desde la segunda guerra mundial, cada una de las acciones adoptadas para el mantenimiento de la paz—en Corea, en el Oriente Medio, en El Líbano, en el Congo y ahora en Cuba—ha tomado una forma operacional distinta. Pero cada una refleja nuestro convencimiento de que la alteración de la paz lleva implícita la idea de que nos afecta a todos y que debemos hacerle frente colectivamente, a través de las instituciones para la seguridad colectiva establecidas con este propósito.—J. M.

ORIENT

París

No. 25, primer trimestre 1963

MARCEL COLOMBÉ: *Révolutions, socialisme et unité*. Págs. 7-15.

En la mayor parte de los países árabes, el derrumbamiento de los regímenes constitucionales y parlamentarios ha conferido al Ejército un papel decisivo en la vida política de los mismos. Iraq y Siria son ejemplos prácticos de este hecho.

Los acontecimientos del pasado 8 de febrero en Bagdad han dado prácticamente el poder al «Consejo de la Revolución», mal conocido en su composición, aunque se sabe que sus miembros son militares que apoyan a un Gobierno nacionalista (del Partido del Renacimiento o Baas y nasseristas), el cual ha iniciado una política de acercamiento a El Cairo, opuesta a la de Abdel Karim Kassem.

Los nuevos dirigentes del Iraq han de superar grandes dificultades dadas las condiciones de ese país, Estado artificial creado por Gran Bretaña, heterogéneo por razas y religiones y donde el problema kurdo se ha planteado en términos de nacionalismo similar y opuesto al nacionalismo árabe. La revolución del 14 de julio de 1958 puso al descubierto la falta de homogeneidad del Iraq y dió suelta a la actividad comunista.

Al principio, Abdel Karim Kassem pareció ser un símbolo del país, esperanza de todos los grupos antagónicos (chiitas, sunitas, árabes, kurdos, etc.). Pero su política fué un negarse a escoger, a fin de mantener un equilibrio entre las fuerzas del Iraq. Contra ese inmovilismo reaccionaron primeramente los kurdos, mientras que los nacionalistas árabes y los comunistas entraban en la clandestinidad.

Adelantándose a los comunistas, los nacionalistas han actuado contra el régimen de Kassem. Su Gobierno se esfuerza en impedir que se unan entre sí sus adversarios del interior, al objeto de no atraerse las iras de El Cairo. Esta prudente

reserva ha acentuado el aislamiento de Siria, constreñida a acercarse a Egipto después de los acontecimientos del pasado 8 de marzo, que han llevado al poder a baasistas y nasseristas.

Por primera vez, el partido del Renacimiento ha llegado al poder al mismo tiempo en Bagdad y en Damasco, pero aliado a elementos nasseristas que, a la par que son sus aliados, son sus adversarios. Vuelve a plantearse el problema de las relaciones interárabes, pese a las declaraciones en favor de la unidad árabe. Paradójicamente, se inicia la lucha entre partidarios de la unidad árabe, tomando la iniciativa de la misma el Baas, al objeto de que Nasser se vea obligado a aceptar una fórmula unitaria que descarte el propósito egipcio de establecer su prepotencia sobre el mundo árabe, política calificada de errónea por el Baas cuya acción se encamina a la unidad federal.

Pero el hecho es que sin Egipto los gobiernos de Damasco y de Bagdad no pueden sostenerse. Tampoco pueden unirse entre sí a las claras sin contar con Egipto, no más que Siria puede volver a la unidad con Egipto sin despertar las iras de Bagdad.

La concepción federal de la unidad árabe no es una novedad. La novedad reside en las circunstancias de su formulación. Estas hacen que si El Cairo aceptara de entrar en la Federación propuesta por el Baas, reconocería el error de su política en ocasión de la unificación egipcio-siria. Lo cual no impide que Nasser no pueda rechazar las manos tendidas con vistas a la unidad árabe. De ahí que se vislumbre la posibilidad de dar tiempo al tiempo por parte de El Cairo para evitar el escollo de la federación y también el de la negativa a aceptarla.

La etapa actual pone de manifiesto una nueva fase en el desarrollo de la ideología nacionalista árabe, pues a los elementos tradicionalmente citados para establecer la unidad, se suma ahora el llamado socialismo, elemento federador del mundo árabe, como lo es de la U. R. S. S. Esta consecuencia merece ser meditada tanto por Occidente como por los Estados árabes que están al margen de ese arrebato.—C. M. E.

THE ROUND TABLE

Londres

No. 210, marzo 1963

The prospects of Gaullism (Perspectivas del gaulismo). Págs. 118-126.

Este año y el próximo serán decisivos para el futuro del régimen degaullista. El mensaje de año nuevo del general De Gaulle rebotaba confianza y satisfacción. El último año había visto el fin de la guerra de Argelia y el principio de lo que prometía ser una fructífera colaboración franco-argelina. La pugna entre el presidente y la oposición parlamentaria sobre la revisión constitucional para la elección de futuros presidentes de la República por sufragio universal terminó sólo con una moderada victoria del general De Gaulle. En el discurso de su investidura, M. Pompidou mencionó, como dos de los cuatro grandes acontecimientos del año, la reconciliación franco-germana y la solicitud británica de afiliación al Mercado Común. De Gaulle ha expresado su creencia en la unificación de Europa para establecer un «contrapeso» con los Estados Unidos, la necesidad para Francia de crear un disuasorio nuclear y una fuerza defensiva nacional, aliada pero no integrada en la Alianza Atlántica, así como su determinación a aceptar a la Gran Bretaña como miembro de la Comunidad Económica Europea si estuviera dispuesta a unirse «sin reservas». Si se estudia cuidadosamente la conferencia de prensa del general De Gaulle, un mes más tarde, no revela ningún cambio fundamental en ninguna de esas posiciones. Aunque revela un cambio de tono y dos aparentes cambios de táctica por ser más hostil a América y a la candidatura británica al Mercado Común. Respecto a los motivos de estos cambios se dice que el acuerdo anglo-americano de Nassau convenció finalmente a De Gaulle de que la Gran Bretaña estaba ahora preparada para convertirse en un satélite de América en materia de defensa nuclear y que si entraba en el Mercado Común jugaría el papel de caballo de Troya.

An Octogenarian Chancellor. Prospects of the Adenauer Regimen (Un canciller octogenario. Perspectivas del régimen Adenauer). Págs. 126-131.

Muchos políticos germanos consideran que el fin de la era Adenauer será una prueba crucial para su democracia. Un gabinete presidido por el profesor Erhard no puede ser el mismo que el del doctor Adenauer. La Constitución da al canciller amplios poderes, pero debe tener habilidad para usarlos. El Gobierno será probablemente, si Alemania sobrevive a la prueba, un equipo más cooperativo. Los últimos meses del mando del canciller dan signos de una útil reanudación de la democracia parlamentaria. Aparte del conflicto político surgido respecto al tratado con Francia y el fracaso para introducir a la Gran Bretaña en el Mercado Común, el Bundestag y los partidos políticos han fortalecido sus propios puntos de vista. El canciller ha objetado mucho respecto a la posibilidad de que el doctor Erhard se convirtiera en su sucesor porque piensa que le falta habilidad para dirigir el Gobierno con la autoridad y la experiencia política necesaria. Todos concuerdan en que Erhard será un canciller transitorio destinado a asegurar un tránsito suave de la era Adenauer a la siguiente.—J. C. A.

THE WORLD TODAY

Londres

Vol. XIX, no. 3, marzo 1963

JANE DEGRAS: *The Communist Camp Ten Years After Stalin* (El campo comunista diez años después de Stalin). Páginas 108-115.

Veintidós años habían pasado cuando, en noviembre de 1957, se reunió en Moscú el Congreso de partidos comunistas, desde la celebración del último congreso anterior. Entre las cosas sucedidas en ese tiempo se encontraba la disolución de la

Internacional Comunista, en 1943, y la creación del Cominform, una organización restringida que duró diez años y que hizo poco de importancia aparte la expulsión de Yugoslavia a menos de un año de su fundación.

La disolución del Comintern había sido la obra de un hombre que apenas pretendió dejar la impresión de que se trataba de una decisión colectiva. Los sentimientos heridos podrían ser ignorados de la misma manera que se había hecho cuatro años antes con ocasión de la firma del pacto Stalin-Hitler, que de hecho dejó al Comintern convertido en una organización moribunda, confinada prácticamente al olvido por los dirigentes soviéticos. El Gobierno soviético podía seguir adelante sin temor a que su política se viese entorpecida o frustrada por la disidencia ideológica.

Ahora, diez años después de la muerte de Stalin, el movimiento comunista se encuentra en mayor desorden que en cualquier otro momento anterior y esta vez no existe una organización internacional que dividir o de la cual ser expulsado, aun cuando los problemas planteados son vivos y actuales y pudieran ser de la mayor significación para el futuro. El proceso de desestalinización dentro de la U. R. S. S. ha dado gran impulso a las fuerzas de la transición del monolitismo al policentrismo y se puede admitir la existencia de diferencias en la política interna de los partidos comunistas gobernantes, aunque las diferencias en política exterior reclaman un juicio autorizado. Esto se vió en 1956 en la actitud de la Unión Soviética hacia Polonia y Hungría y parece aproximarse ahora a una decisión entre la U. R. S. S. y China.

Se han hecho dos intentos por resolver este problema, en 1957 y 1960. A los chinos (o a los albaneses) se les ha acusado de querer lanzar al mundo a la guerra mundial y a los rusos de haber abandonado las posiciones comunistas auténticas.

En lo fundamental, el conflicto refleja las diferencias materiales en la posición de la U. R. S. S. y de China, respectivamente. La U. R. S. S. se ha convertido en una gran potencia que busca encontrarse en posición de competir con los Estados Unidos en cosas como el ofrecimiento de ayuda a los países en estado de desarro-

llo, para lo cual ha de disponer de unas reservas por encima de lo indispensable para la atención de las necesidades nacionales y que han de ser mucho mayores de lo que tiene en la actualidad. Y las buenas relaciones establecidas con los Gobiernos de la mayoría de los Estados que han alcanzado la independencia recientemente indica que la Unión Soviética no necesita estimular por ahora el desarrollo de los partidos comunistas locales.

La posición de China, con sus demandas territoriales insatisfechas, es tan distinta que está obligada a seguir una política radicalmente diferente. Pero su atraso económico y militar le impiden, por ahora, influir decisivamente en la marcha de los acontecimientos mundiales. Pero sin dejar por ello de buscar salida a sus aspiraciones y sin buscar siquiera el concurso de los neutralistas, como ha demostrado el conflicto con la India.

Desde este punto de vista, la posición de China es radical mientras que la de la Unión Soviética, convencida del cambio que necesariamente ha salido de la presencia de armas de destrucción en masa, es moderada, partidaria de la coexistencia y la teoría de que los países socialistas no necesitan la guerra. Esto es inaceptable para China, donde se sostiene que las armas modernas son monstruosas «sólo desde el punto de vista de los imperialistas y reaccionarios», y se afirma que «la bomba atómica es un tigre de papel».—J. M.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Londres

Vol. XXIX, no. 2, abril 1963

DR. ANTONIO DE OLIVEIRA SALAZAR: *Realities and Trends of Portugal's Policies*. (Realidades y tendencias de la política de Portugal). Págs. 169-183.

En el pasado he sostenido la opinión de que el mundo sufría de una enfermedad que pudiera ser diagnosticada como intolerancia de la autoridad. Y para reducir los efectos que tenía para las gentes del mundo, los políticos no parecían dar con-

otro remedio que el cambio frecuente entre los encargados del ejercicio de esa autoridad. Las crisis se consideraban como el factor que constituía la vida política misma en su expresión más acabada.

El período de transición revolucionaria en Portugal de la Monarquía a la República, en 1910, fué seguido de la dislocación de las instituciones políticas y administrativas—que en algunos casos estaban apoyadas en ocho siglos de tradición—sin encontrar la posibilidad de que fuesen reemplazadas por otras, por lo que el idealismo de los hombres que establecieron la República tuvo por fuerza que descansar en las instituciones de la Monarquía constitucional.

El nuevo régimen demostró no estar en condiciones de alcanzar la normalidad o la estabilidad y tuvo que contemporizar con la anarquía en la vida política y administrativa, con desórdenes frecuentes en las calles. En el corto período de dieciséis años el país conoció nueve jefes de Estado, de los cuales sólo uno llegó al término de su mandato; 45 Gobiernos, de los cuales algunos duraron sólo unos pocos días, y cientos de revoluciones, pronunciamientos y actos terroristas.

Para el cumplimiento de su tarea de reconstrucción nacional y dar satisfacción al ansia del país para la limpieza de sus hábitos políticos, el nuevo régimen hizo un llamamiento a todos los portugueses de buena voluntad, no importa cuál pudiera haber sido su anterior filiación política, para que se uniesen en apoyo de ciertos principios fundamentales sin los cuales las reformas necesarias no hubieran sido posibles. Así surgió la Unión Nacional, así fueron definidas y fortalecidas las instituciones sancionadas por la Constitución de 1933, aprobada por un plebiscito, la única que ha habido desde entonces.

En esta atmósfera política han venido trabajando los hombres de las tendencias y anteriores filiaciones políticas más diversas, con la exclusión de los comunistas. Monárquicos y republicanos, liberales y «planificadores», progresistas y conservadores, católicos y no católicos, jamás etíqueta alguna de entre éstas ha impedido que nadie con las calificaciones necesarias pudiese jugar un papel responsable en la administración del país. Ni ha sido exigido para nada el pertenecer a la Unión

Nacional. No existe fundamento alguno, por lo tanto, para describir a nuestro régimen como de partido único. Lo que sería, en realidad, correcto sostener es que nuestra vida política sigue adelante sobre una base no partidista, es decir, que el Gobierno gobierna sin los partidos sobre los cuales la Constitución nada deja establecido.

No se debe suponer que la no existencia de partidos organizados en Portugal indica la no existencia de corrientes de pensamiento diversificadas o que no existen principios por los cuales se guíe el Gobierno de la nación.

Me he esforzado por seguir un curso de acción de acuerdo con el cual, y teniendo en cuenta el carácter de nuestro pueblo, las libertades públicas estén reguladas con vistas a su eficaz ejercicio y no como la función de un ideal cuya experiencia demostraría que es inalcanzable. Pero con la atención puesta, principalmente, en facilitar el desarrollo de las mejores cualidades del carácter nacional y evitar los excesos de la demagogia. Y en cuanto a la legitimidad de las leyes que regulan las libertades públicas, no desearía dejar pasar dos acusaciones que se nos han hecho en este sentido.

La regulación de la libertad de asamblea, asociación y palabra no es lo que sostienen los críticos, pues está asegurado un amplio rango de vida individual y colectiva. Y en cuanto a la libertad de Prensa, debe reconocerse que los periodistas profesionales son alérgicos a la existencia de una censura oficial, a pesar de estar restringida a la eliminación de lo que puede tender a deformar la opinión pública y dañar los intereses superiores de la nación.—J. M.

INDIA QUARTERLY

Nueva Delhi

Vol. XVIII, no. 4, octubre-diciembre 1962

JAYANTANUJA BANDYOPADHYAYA: *China, India and Tibet*. Págs. 382-394.

«Según la teoría del Estado—ha hecho observar Mao Tse-tung—, el Ejército es el

principal componente del Poder político... Somos los abogados de la omnipotencia de la guerra revolucionaria, que no es totalmente mala, sino buena y es marxista..., el mundo en su totalidad puede ser remodelado solo con las pistolas.» La teoría marxista del comunismo es importante, en lo que se refiere a la invasión china de la India, al menos en dos puntos clave. Primeramente se desprende de esta teoría que cuando la India alcanzó pacíficamente su independencia en 1947, no era verdaderamente independiente, puesto que faltaba la «liberación de las masas», que sólo puede conseguirse con la eliminación de las «contradicciones de clase» a través de una guerra revolucionaria. En ese sentido los dirigentes de varios países comunistas hicieron una llamada para la revolución en la India y, como respuesta, el Partido Comunista indio promovió la insurrección de Telangara (1948-49). En segundo lugar, la teoría maoísta afirma que todas las contradicciones enfocadas por el comunismo internacional, especialmente el comunismo chino, solamente pueden resolverse mediante la guerra. China, tal vez, espera ganar enormemente en otros terrenos mediante su agresión a la India. Obteniendo la victoria sobre los ejércitos indios, China espera humillar a la India y provocar el terror en los otros países del Sur y Sureste. La reciente reorientación de las políticas de Birmania y Nepal, y posiblemente también de Indonesia, hacia China, es una medida del éxito alcanzado por China en ese aspecto. En segundo lugar, forzando a la India a una total movilización militar, China frustraría los planes económicos de la India. El efecto combinado de ambos desarrollos sería una amplia pérdida de fe en el orden democrático de la sociedad en el Sur y Sureste asiático que se transformaría en fácil presa para la dominación comunista. Debe recalcar que China no aspira tan sólo a la implantación del comunismo en esos países. Igual importancia tienen para China las vitales consideraciones económicas. Con cerca de 700 millones de habitantes, hoy, y la continua explosión de su población la China comunista se enfrenta con un terrible problema económico, aunque la teoría marxista-leninista no lo admite. En el curso del siglo XX, Sinkiang, Mongolia interior y Manchuria

se han poblado con migraciones del Sur y de las áreas costeras; desde 1950, en el Tibet se ha verificado una transferencia masiva de la población. La circunstancia de que el Sudeste asiático esté escasamente poblado y tenga un excedente de arroz, grandes cantidades de caucho y estaño y algún petróleo—aunque una acusada carencia de hierro y carbón, que impide cualquier significativa industrialización local—hace que sea esa región un área atractiva para la colonización y explotación china. Las razones que indujeron en los años 30 al Japón a desarrollar la «esfera de coprosperidad» en el Sudeste asiático son válidas también para la China. Para realizar tales objetivos la China comunista decidió asegurarse la posesión física del Tibet que le sirve como trampolín para su expansión en el Sur y Sudeste asiático. En 1950 el Ejército Popular de Liberación procedió a «liberar» el Tibet con desprecio de la historia y de la ley internacional.—J. C. A.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Moscú

Año 9; no. 4, abril 1963

F. OREKHOV: *Storm in the Atlantic* (Tormenta en el Atlántico). Págs. 24-30.

El Atlántico está azotado por una gran tormenta y por encima del ruido que produce el vendaval es posible oír las maldiciones y las imprecaciones que desde el otro lado del océano se lanzan contra De Gaulle. La Prensa de los Estados Unidos le ha venido acusando del delito del «continentalismo dominado por los franceses» y de su política se dice que «des-hace la Alianza» y pone en peligro «la unidad del mundo occidental».

Para no ser menos, en Francia y otros países europeos se ha venido acusando a los Estados Unidos de tratar a la Europa occidental como una colonia, de usar el capital norteamericano para realzar y acentuar su influencia política y de intentar ganar el control de los mercados europeos por medio de la supremacía nuclear.

Año 9; no. 3, marzo 1963

El conflicto entre las potencias occidentales mismas se ha agudizado, especialmente desde que Francia ha cerrado la entrada de Inglaterra en el Mercado Común. Se ha indicado abiertamente en París que Inglaterra, como un nuevo caballo de Troya, abriría las puertas del Mercado Común para dejar entrada libre a los Estados Unidos. Las pasiones han llegado a tanto que un gaullista advirtió que «los ingleses quemaron a nuestra Juana de Arco en la hoguera», a lo que en Inglaterra se contestó con manifestaciones anti-francesas a tiempo que se insinuaba que las relaciones con los Estados Unidos no eran de lo mejor.

Pero, ¿a qué tanto ruido? La respuesta no es fácil ni sencilla. Se trata de una complicada combinación de factores interrelacionados, algunos nuevos y otros antiguos; algunos políticos, otros militares y también económicos, y, en fin, combinaciones de unos y otros.

A pesar de cosas como la oposición de Francia a una fuerza nuclear multilateral de la O.T.A.N., y de su decisión de no permitir la entrada de Inglaterra en el Mercado Común, Francia continúa siendo miembro del bloque occidental. ¿Por qué?

Al igual que los dirigentes de la política exterior de los Estados Unidos, el presidente de Francia se opone a la solución pacífica de los problemas de Alemania y el Berlín Oeste y se niega igualmente a poner término a la segunda guerra mundial. En vista del reciente tratado militar francogermánico, De Gaulle va tan lejos como los Estados Unidos en la colaboración con los revanchistas de la Alemania Occidental, incluso más allá todavía. De Gaulle no siente antipatía por figuras como Adenauer, Franco y Salazar, con quienes mantiene Washington una amistad íntima.

Todo esto está muy claro. No es la personalidad de De Gaulle lo que importa. El presidente francés está muy al día con otros dirigentes capitalistas en su odio al socialismo, pero no hay cantidad posible de sentimiento de esta clase que elimine las contradicciones que destrozan el mundo de los negocios capitalistas. La política de los Estados Unidos contra los países socialistas sólo podría agudizar y cristalizar estas contradicciones en la agrupación atlántica.—J. M.

V. PECHORKIN *«About Acceptable» War* (Acerca de la guerra «acceptable»). Páginas 20-25.

Al ser una cuestión de dominio público el carácter devastador de la guerra moderna, la propaganda militarista tropieza con un obstáculo serio. De aquí los esfuerzos de los «teorizantes» occidentales por demostrar que la guerra termonuclear es relativamente «acceptable».

Dos ensayos especialmente han sido citados con frecuencia por el Occidente: *On Thermonuclear War*, de Herman Kahn, que se dice refleja en la actualidad el pensamiento estratégico de los Estados Unidos, y *Paz y guerra entre las naciones*, del profesor Raymond Aron, prominente sociólogo burgués y catedrático de la Sorbona.

Aron adopta un punto de vista más amplio que su colega norteamericano y examina las «posiciones de fuerza» y los «sistemas multipolar y bipolar», y llega a la conclusión, en lo que coincide con Kahn, de que la guerra termonuclear pudiera ser «acceptable» para la Humanidad.

Un punto importante en la argumentación está en lo que dice Kahn: «Una guerra termonuclear es muy probable que se convierta en una *catástrofe sin precedente* para el defensor. Por depender del curso militar de los acontecimientos, pudiera ser o pudiera no ser una catástrofe sin precedentes para el atacante y para algunos neutrales también. Pero una catástrofe «sin precedentes» puede darse muy lejos de ser una catástrofe «ilimitada». *Los límites de la magnitud de la catástrofe parecen depender íntimamente de la clase de preparativos que se hayan hecho y de cómo la guerra ha empezado y se haya desarrollado.*»

El caso en favor de la guerra termonuclear no parece basarse en una lógica intrincada. Como una guerra termonuclear no significaría «el fin del mundo», pudiera ser un riesgo digno de correr. Este argumento relega la cuestión de los centenares de muertos a un puesto secundario. ¿Habrán una gran diferencia entre morir en tiempo de guerra o en otras

circunstancias? La respuesta es muy franca: «La guerra es algo terrible; pero también lo es la paz. La diferencia parece en algunos casos tener dimensiones cuantitativas, sólo de grado y de norma.»

Se dan cifras para apoyar el argumento. En tiempos de paz, en los Estados Unidos 40.000 personas mueren anualmente en accidentes de carretera y un millón más quedan mutiladas. Esto es algo que se repite y multiplica en muchos aspectos de la vida moderna. Pero un aspecto importante de la argumentación de algunos defensores de la guerra termonuclear está en consideraciones como el tiempo de recuperación de las consecuencias, que guarda relación con el número de los muertos que ha producido. Los datos de Kahn dicen que para dos millones de muertos, el tiempo de rehabilitación económica ha de ser un año; para cinco millones, de dos años; para 10, de cinco; para 20, de diez; para 40, de veinte; para 80, de cincuenta, y para 160 millones de muertos el tiempo de rehabilitación habrá de ser de cien años.

Lo que pudiera llevar a la conclusión de

que una «pequeña» guerra termonuclear implicaría un retraso de siglos para la Humanidad.

Estos y otros datos, «la aritmética de la consolación», forman parte llamativa de los argumentos que entran en juego incluso entre los que consideran que una guerra termonuclear podría ser «acceptable». Claro que para que sea «acceptable», sus defensores tienen en cuenta ciertas «condiciones favorables» y «medidas de precaución», pero sin perder mucho tiempo en los detalles. En cualquier circunstancia que sea, las perspectivas no son muy tentadoras, pues dice Aron que «en el caso de un ataque... sobre las 50 mayores concentraciones urbanas el número de muertos podría subir a 90 millones, en ausencia de medida alguna de defensa pasiva (defensa civil), que podría bajar a una cifra entre 30 y 70 millones, de tomarse algunas precauciones contra la lluvia radiactiva, hasta dejarla reducida a cosa de 5 a 25 millones si estas medidas se combinasen con una evacuación del 70 por 100 de la población en las ciudades».

J. M.